# El verano en Granada

## el río Darro por Paseo de los Tristes, 2008



## Índice

## Comienzo

El verano en Granada, Sinombre, lo voy a recorrer contigo. La niña nuestra, antes de terminar la primavera que hemos recogido por el barrio del Albaicín, me dijo:
- Estoy cansada de andar las calles y plazas de esta ciudad.
Y le pregunté:
- ¿Es que no te gusta Granada?
- Me gusta mucho y por eso quiero que la recojas y la escribas en tu cuaderno. Es bonito y tiene valor que hagas fotos a todo, jardines, flores, calles, plazas, monumentos… Porque, como tú dices, cabe la posibilidad que de todo esto pueda salir un libro bello.
- Pero entonces ¿Cuál es la causa de estar cansada?
- Es que quiero volver a la paz y silencio de nuestro Cortijo de la Viña. Granada, como en cualquier otra ciudad del mundo, es ruidosa y quita la paz.
- Pero ya has visto que en casi todos los cármenes del barrio del Albaicín, además de jardines y flores, hay mucho silencio, paz y colores y olores.
- Es así pero, al fin y al cabo, es muy artificial lo que, por un lado y otro, vemos. Quiero volver al gozo y tranquilidad de nuestro Cortijo de la Viña.

Y ya no hablamos más de esto. ¿Sabes, Sinombre, qué es lo que puede haber pasado? La niña nuestra no quiere seguir recorriendo conmigo las calles de Granada para ayudarme a recoger los matices del verano, creo yo que por una razón muy concreta. No me la dice para que no me preocupe pero yo sé lo que le pasa. Luego te lo digo. Ahora sigo contándote lo que me comentaba en los últimos días de la primavera. Al preguntarle yo:
- ¿Me dejas solo por las calles y plaza de Granada, ahora que llega el verano?
Y sin dudar lo más mínimo me comunicó:
- Sólo no. Quiero que el verano de Granada lo recorras en compañía de nuestro amigo el borriquillo Sinombre.
Y enseguida le dije:
- Pero Sinombre, tú lo sabes, ya hace también tiempo que no está con nosotros.
Y al decir esto se me congeló el aliento. Me acordé de ti y te eché tanto de menos que se me partió el alma.



Tú te fuiste aquella tarde de primavera del año pasado. Te marchaste como también se marchó el Anciano y dejaste de estar presente por las tierras del Cortijo de la Viña y por las calles y plazas de Granada. Tú, a igual que las amigas del país blanco, todas las buenas muchachas que hemos ido conociendo, os habéis ido. Te has ido y se han ido. Solo quedamos por aquí la niña del alma, la madre, Serafín, algunos de los que trabajan en la huerta del cortijo y yo. Porque Bandolero, el gran caballo de la Princesa nuestra, ya sabes que también se fue, lo mismo que ella. El tiempo no detiene nunca sus pasos y, un día uno, otro día, otro, todos y todo se va yendo. Las personas, las cosas, la Princesa, las amigas de la niña… La realidad cruda de la vida.

¿Pero sabes lo que me dijo la niña cuando le comenté que tú ya no estás? Te lo digo. También sin dudar un momento expresó:
- Sé, lo mismo que tú, que Sinombre ya no vive con nosotros. Nuestro amigo del alma y el mejor compañero de mis juegos por los campos, ríos y montañas.
- Pues si no está, cómo bien sabemos los dos ¿cómo voy a recorrer con él las calles de Granada para recoger el verano?
- Llevándolo solo en tu pensamiento, en tu sueño. De otra manera estoy segura que nunca podría ir contigo un borriquillo como el nuestro, por los lugares de esta ciudad. Pero de este modo, solo en tu

sueño y recuerdo, sí podrás llevarlo por donde quieras y compartir con él todo lo que te apetezca sin molestar a nadie ni que os molesten a vosotros.



Así que ya lo sabes: el verano que pretendo recoger de entre las calles y plazas de esta ciudad de Granada, lo voy a hacer contigo. Todavía no tengo claro cómo ni por dónde empezar pero la niña así lo quiere y yo deseo complacerla. Creo, como ella, que será una muy bonita experiencia y como el mejor de los homenajes que podamos ofrecerte. Para así mantenerte vivo entre nosotros, honrar al Anciano que también se marchó y rememorar a las amigas de la niña. ¡Cuantas cosas, Dios mío y como la vida nos vas desnudando a la ve que nos ofrece otras posibilidades!

Pero ya te digo: para mí y para ella, estoy seguro que va a ser una de las experiencias más hermosas de la vida. Tú, aunque te marchaste de la manera más digna y en el mayor silencio, sigues con nosotros. Para siempre y en lo mejor del corazón. ¿Sabes? Desde aquel día de tu adiós final, no pasa una noche sin que mire a las estrellas del cielo. Por si te veo por algunos de aquellos prados o junto a los ríos jugando con el Anciano. Sé, la niña nuestra y yo,

sabemos que los dos estáis allí. En la estrella más brillante del firmamento, jugando y corriendo, como siempre, por la orilla de los ríos claros y por las praderas llenas de flores de todos los colores. ¿A que tú el  Anciano sí nos estáis esperando? ¿Habéis visto por allí a Luiya, a la Princesa, a Bandolero, a la del país de las nieves, a…? ¿Están con vosotros y nos esperan? ¿Que cuando iremos nosotros? Esto es algo que está en los planes de Dios y por eso solo Él lo sabe. Pero iremos y por eso no son tan tristes las tardes y mañanas por esta tierra que conoces.

En fin, Sinombre, amigo del alma y el mejor compañero que nunca hemos tenido en este suelo, que me pongo triste y esto es algo que a la niña nunca le gusta. Te vuelvo a decir que me parece buena su idea. Voy a complacerla y voy a compartir contigo, como cuando estabas, mis sentimientos, mis sueños, mis tardes de soledad, el sol del verano y la ausencia de las amigas que también se fueron. Y lo voy a dejar escrito, letra a letra y con todo el amor del mundo, en las páginas de mi cuaderno. Para que no se olvide nunca y las personas puedan saber  quién fuiste tú y quienes somos nosotros.

Comienzo y pongo aquí, en estas primeras página de mi cuaderno, algunas de las fotos que hicimos cuando todavía era primavera en Granada. Algunas de las cosas que ocurrieron en los últimos días de la primavera y que no pudimos poner en el otro cuaderno. Se nos llenó por completo antes de que la primavera terminara. Estas son algunas de aquellas fotos. Pertenecen a la primavera y no al verano.

Esto es la Fuente de las Batallas, las flores y césped que, en los últimos días de primavera en Granada, le rodeaban.



Detalles por la Fuente de las Batallas



Esto es una exposición de cerámica celebrada, junto a la Fuente de las Batallas, en los últimos días de primavera.



Exposición de cerámica en la Fuente de las Batallas





Exposiciones al final de la primavera y comienzo del verano en Granada



Y esto son algunos de los bonsáis que, por la Feria de Granada y últimos días de primavera, exponían en el patio del Ayuntamiento.



## Primera reflexión

**Del río Darro**, Sinombre, ¿qué puedo decirte yo que no sepas tú? Más de mil veces, antes de irte, fuimos a su nacimiento. Por eso sabemos que nace en el mismo centro del Parque Natural de las Sierras de Huétor Santillán. ¿Te acuerdas de aquel invierno, junto a las aguas primeras en la misma noche de Navidad? Sí, cuando la Princesa de nuestros sueños, nos mandaba cartas y nos contaba sus sueños y las historias de su caballo Bandolero. Tienes que recordarlo porque yo sí me acuerdo que, como ella al final de sus cartas siempre te mandaba besos y abrazos, te ponías muy contento. ¡Qué felices éramos en aquellos días! Como niños pequeños, viéndolo todo con los ojos de la más limpia inocencia. Por eso fueron hermosos aquellos días aunque teníamos nuestros momentos de pena y soledad.



¡Cuantas y cuantas horas hemos dejado por las orillas del río Darro, en sus aguas primeras, siempre soñando y siempre esperando! Tú ya te fuiste y yo ahora, si supieras qué solo me he quedado. Tanto que ni siquiera sé cómo contarlo.

Pero aquella primera Navidad, porque fue el primer año que éramos amigos, la misma noche de Nochebuena, hacía mucho frío y hoy hace calor. Pero allí, junto al manantial primero del río Darro, dormimos y, pegado el uno contra el otro para quitarnos el frío, soñamos con la Princesa mientras contemplábamos las estrellas. Y nos dejábamos embelesar por el rumor de la corriente deslizándose suave hacia el pueblo de Huétor y luego hacia la acequia que lleva el agua a la Alhambra. Tú sabes, porque te lo conté aquella noche y luego otras veces a lo largo de muchos días, que el río Darro es el que le da agua a la Alhambra, a todos sus jardines, al Generalife y al Carmen de los Mártires. Y recuerdo yo ahora, esta tarde primera del verano, que cuando me preguntaste:

- ¿Pero por dónde pasa este río, desde que nace aquí hasta que atraviesa y se aleja de Granada?

Te respondí:

- Este río, Sinombre, ya ves que recoge todas las aguas de las montañas calcáreas al norte de Granada. Nace justo unos kilómetros

por encima del pueblo de Huétor Santillán, atraviesa la autovía que lleva a Málaga y, por debajo del pueblo, es donde se embalsa. No en un pantano grande sino chico. Un embalse chico y muy antiguo que es de donde sale la acequia que lleva el agua a la Alhambra. Y más abajo de este viejo embalse, el río ya lleva muy poca agua. Y, cuando llega a Granada, se esconde, lo escondieron, en un túnel de cemento. En este punto de la explicación guardé silencio. Pero de nuevo me preguntaste:



- ¿Y qué más?
- Un día, cuando estemos tranquilos y tengamos tiempo, te contaré una historia bonita y larga. Así te enterarás de muchas cosas del río Darro, a su paso por Granada.

En aquella ocasión ya no hablamos más de este río. Pero seguimos recorriendo sus orillas, sus charcos primeros, sus pequeñas praderas de fina hierba que tanto a ti te gustaban y seguimos soñando con la Princesa. Ella, sin saberlo antes y sin saberlo ahora, fue y sigue siendo el centro de nuestros sueños. Pero un día de primavera, como tú, se murió y no fue de muerte natural sino como en forma de sueño y por eso se hizo toda silencio. ¿No te acuerdas lo que te decía cuando nos bañábamos en la alberca de los álamos? Yo sí lo recuerdo con toda claridad. Te dije aquel día:
- Sinombre, este río Darro, se lleva el agua de estas montañas para regar los jardines de la Alhambra y luego se pierde bajo el cemento y asfalto de las calles de Granada. ¿Y sabes qué es lo que, con las aguas claras de este río, también se va? Nuestros sueños más puros. Los recoge el río por aquí, en sus manantiales primeros, y se los lleva corriente abajo y luego riega los jardines de la Alhambra y el corazón mismo de este viejo palacio. Fíjate qué realidad más grande.
Creo que no me entendiste del todo pero yo sí te estaba diciendo que, junto a este río, te morirías tú para siempre y yo viviría los días más tristes de mi vida. Recordándote a ti, a la Princesa con su caballo Bandolero, al Anciano y a las amigas del país blanco. ¡¡No sabes lo duro que es esto!!

Desde que faltáis todos, especial mente tú, no dejo de pensar en escribir un libro donde contar la soledad y tristeza que por aquí habéis dejado. El río Darro, con ser claro y regar los jardines de la Alhambra, también es como el llanto invisible y la pura esencia de mi alma. Por eso, siempre que puedo, me vengo a sus orillas y, contemplando su corriente, pienso en ti y en ellas y en el Anciano. A veces lloro, a escondidas para que nadie me vea y así es como desahogo la fina pena que tengo instalado en esta alma mía.

La niña no lo sabe. Pero de alguna manera, quizá por esto y otras cosas que te iré contando, el otro día me decía:
- Te vas a Plaza Nueva, centro de la ciudad de Granada, y desde allí mismo empiezas a recoger el verano. Río Darro arriba hasta la Alhambra.
No le pregunté yo a ella por qué quiere que hagas las cosas de esta manera pero me parece bien.

## Las nubes blancas



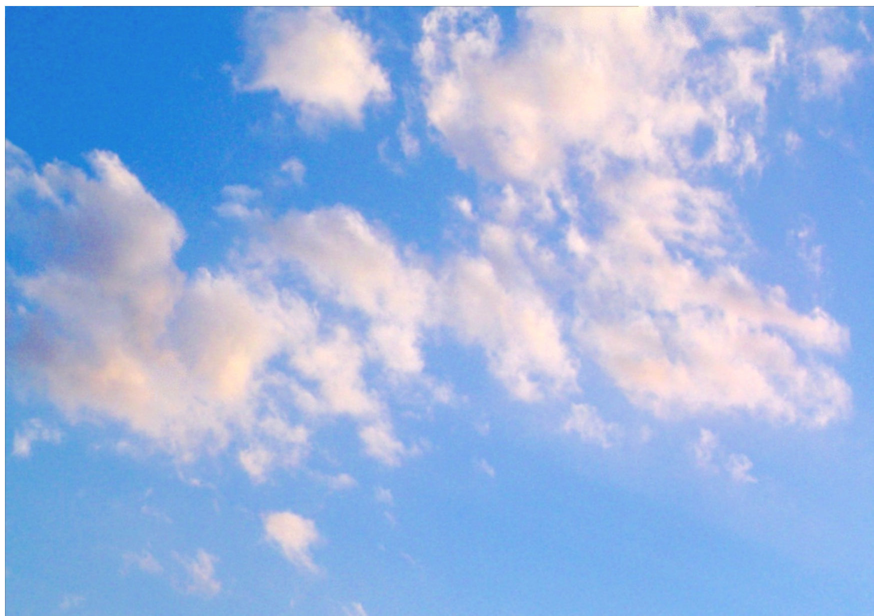
Y para orientarte, Sinombre y orientar a las personas que un día puedan leer lo que en estas páginas voy a escribir, quiero empezar contando algo que he vivido no hace mucho. Fue en este río Darro, justo cuando llega a Granada, en el trozo que recorre el Paseo de los Tristes, antes de entrar en el túnel que le sirve para atravesar la ciudad. Es una pequeña historia, bonita creo pero también en el fondo triste. Sin embargo, a mí me ha gustado y por

eso quiero dejarla escrita aquí. Luego sigo y recorro los rincones que la niña me tiene encomendado, contando lo que me vaya encontrando, a mi manera y en este verano.

**Lo vi aquella tarde**. Estaba sentado al borde del río, contemplando el correr sereno de las claras aguas y meditando. Y, a verlo, me fijé en él y me paré. Descubrí que, algo en su persona era diferente. No sabía ni todavía sé decir qué. Pero tenía claro que en mi interior, algo o alguien, me pedía que me fijara en él porque no era uno más.

También ella aquella tarde estaba allí. Y, desde donde me había parado, j, escuché que le preguntaba algunas cosas, de vez en cuando y guardaba silencio luego y meditaba. Y, en uno de los momentos de la tarde, oí que le preguntó:
- Las nubes blancas, que tantas veces veo como colgadas en el cielo sobre las cumbres de aquellas altas montañas ¿tienen algo que ver con el paraíso del que, sin parar, me hablas?
Y le respondió:
- Las nubes blancas son como el alma, como el traje inmaculado que en los días de fiesta, visten los paisajes del paraíso que te digo. Ellas nunca dan voces, no presumen de nada, no necesitan de nadie, simplemente se cuelgan en el cielo, por encima de las montañas, y dejan que las beses y meza el viento y que las lleve a donde a él le de la gana. Por eso son pura poesía, fantasías de seda que sonríen desde el cielo para llenar de paz el alma. ¿Y sabes? Aunque parecen tan poca cosa, el día que falten las nubes blancas de este paraíso y de la Tierra, algo muy grande, para siempre en este mundo se acaba. Puede incluso que sea el fin de la vida.
- ¿Me llevarás algún día a ver este edén tuyo tan especial? Me lo cuentas con tanto entusiasmo que me entran ganas de salir corriendo y abrazarme a esas nubes mágicas.
- Te llevaré el día que quieras tú.

Y después de esto los dos guardaron silencio. Siguieron mirando a la corriente del río que a sus pies mismos pasaba y, al rato, ella preguntó de nuevo:
- ¿Sabes por qué te he preguntado lo de hace un rato?
- ¿Por qué lo has hecho?
- Porque es tanto lo que me hablas, un día y otro, de ese mundo fantástico que tan vivo tienes grabado en tu alma, que ya hasta por las noches lo sueño. Estoy deseando que un día me lleves a verlo. Porque, además de las blandas y relucientes nubes que tanto proclamas ¿qué otras cosas puedo ver por allí?
- Ríos cristalinos que bajan desde las crestas más altas, bosques verdes que cubren desde los valles mas serenos, laderas y navas, acantilados que dan vértigo solo pensar en ellos, amaneceres, tardes y mañanas que parecen sacados de los cuentos más bellos. Y hay muchos caminos, sendas viejas que recorren aquellas montañas desde todos los extremos y, los matices de luces, sobras y clores, son únicos. Te puedo asegurar que en ningún otro lugar del mundo encontrarás nunca paisajes como los que hay en esta montañas.



- ¿Por eso tú lo has bautizado con el nombre de “El Último Edén”?
- Por eso y por muchas más cosas que te iré contando. Pero primero tienes que verlo.
- Te ruego, desde ahora mismo, que me lleves a ese lugar antes de que me vaya. Por lo que me cuentas, creo que será la experiencia más gratificante jamás por mí vivida.
Y vi como a él se le iluminó la cara. Como si le hubiera producido un profundo placer lo que ella le confesaba.

Tú no lo recuerdas, Sinombre pero yo sí. Desde aquel día he pensado en ello no sé cuantas veces. Puede que cien, doscientas o quizá más. Ya he perdido la cuenta. ¡Son tantas! Y siempre que he pensado en ello no he podido dejarla al margen. ¿Que por qué a veces las cosas se graban con tanta fuerza que no se olvidan nunca? No lo sé, como tampoco sé casi nada de los comportamientos humanos y, de algunas personas, menos aun. Pero lo cierto es que aquella escena, él y ella el río y las nubes blancas, lo recuerdo con la misma fuerza y frescura de aquel momento. Te aclaro un poco más:

Aquel día, era una tarde de primavera. De cielo azul y aire cálido. Había, como casi todas las tardes de primavera de este año, grandes nubes blancas suspendidas en el cielo. Como clavadas ahí y vigilando, un día y otro, no sé qué en el Planeta Tierra. ¿Tú sabes a qué se parecen las nubes y qué es lo que observan cuando en las tardes de primavera, se cuelgan en el cielo

y ahí se quedan, se quedan y se quedan? Un día tendremos que hablar de esto.

Y después de aquella primera tarde y pequeño encuentro, volví al mismo lugar muchas veces y allí lo vi, siempre. Ya no estaba ella. Pero a él siempre me lo encontraba sentado en el mismo sitio y como esperando. Quieto junto a las aguas claras del río, mirando como perdido en no sé qué mundo lejano y meditando. Una tarde me decidí y, sin pronunciar palabra, a su lado me senté. Junto al río y, como estaba muy recogido y parecía rumiar recuerdos lejanos otra vez tuve miedo de romper su quietud. Por eso allí me quedé, mirando con él la corriente pasar y sin pronunciar palabra. También, aquella tarde, se veían grandes nubes blancas, allá en el horizonte sobre las cumbres lejanazas. Me di cuenta que en silencio las observaba. Como si buscara algo por esos lugares tan misterios y a la vez mágicos. Miré con él pero, ya digo, nada le pregunté. Y, cuando ya se puso el sol, me fui y aquella noche lo recordé. Y ¿sabes que era lo que más me intrigaba? El interés que mostraba por las grandes nubes blancas, su quietud frente a la clara corriente del río, su silencio y la manera de gastar el tiempo.

Por aquel mismo sitio volví varias veces en los días que siguieron. Siempre con el deseo de verlo y acercarme un poco más para preguntarle. Y siempre, a lo largo de mucho tiempo, en el mismo lugar lo encontraba sentado. Hasta que, por fin una tarde, me hice valiente, me acerqué más y le pregunté:
- ¿Piensas en ella?
- ¿Es que la conoces?
- Una tarde la vi y hablaba contigo. Ahora no está y la recuerdas ¿verdad?
- Ya pronto hará un año que se fue.
- ¿Y pudiste llevarla al paraíso que soñabas antes de que se marchara?
- No pude.
- ¿Por qué?
- ¿De verdad quieres que te lo cuente?
- Los sueños no realizados, a veces, son dolorosos recordarlos pero si quieres, te escucho.

Y tal como estaba sentado, sobre una blanca piedra y con sus pies rozando las aguas del río, siguió. Me di cuenta, en este momento que, en la corriente del río, se reflejaban un puñado de nubes blancas. Sobre el azul del cielo estaban suspendidas y en las aguas se manifestaban. Él las miraba como buscando algo. Lo mismo que había visto muchas de las tardes ya pasadas. La hierba, a un lado y otro, tapizaba y regalaba a la tarde un suave olor a fresco. Habló y dijo:

- Llegó una tarde de otoño. De un lejano país y donde también se habla otra lengua que yo desconozco. La conocí al día siguiente. Sin que yo se lo preguntara, me dijo su nombre y luego me pidió que le enseñara los sitios y la cultura de este país nuestro. Así lo hice, a lo largo de unos meses y ofreciéndole siempre el mejor cariño y respeto. Se mostraba muy interesada. Y, se le notaba a la legua, que era muy culta y que tenía muchas ganas de

conocer cosas y personas y de vivir experiencias. Y, mientras la llevaba por aquellos lugares por los que mostraba más interés, aprovechaba y le hablaba de un paraíso, sin igual, que conozco desde mi infancia.
- ¿Qué paraíso es ese?
- Las sierras, las montañas, los paisajes donde nace el río más bello del mundo, el Guadalquivir. El Parque Natural de Cazorla, Segura y las Villas. ¿Los conoces?

No respondí a su pregunta porque me di cuenta que lo que importaba era que él contara. Creo que así lo entendió y por eso me siguió diciendo:
- ¿Y sabes? Cada vez que le hablaba de estas montañas y veía el interés que mostraba por conocerlas antes de irse a su país, el corazón se me entusiasmaba. Tanto que, una noche detrás de otra, soñaba ilusionado en ir a este paraíso y enseñárselo. Así se lo hacía saber continuamente y ella, parecía mostrar interés creciente. Fue corriendo el año y se acercaba el momento de irse. Y, una mañana, se marchó sin despedirse. En uno de los aviones que, de vez en cuando, surca en cielo por donde, cada tarde, se ven aquellas nubes blancas.

Guardó silencio. Y pude ver, en este momento, que desde sus ojos, por la cara, rodaban pequeñas gotas relucientes y claras. Era su dolor o tristeza convertida en lágrimas. Metido en sí continuó mirando la corriente del río y meditando. Le pregunté de nuevo:
- ¿Y cómo han podido salir las cosas de esta manera?
- Pues han sido. Y para aclararlo no tengo ningún argumento lógico ni concreto.
- ¿Estás ofendido o disgustado?
- No. Solo desconcertado.
- Quizá a ella, a pesar de su cultura, no le gusten mucho las cosas de la naturaleza y por eso no hizo mucho esfuerzo para que se realizara tu sueño. ¿Serás capaz de perdonarla?
- Sí, quizá sea esto y por eso nada tengo que perdonar.
Y ya no dijo nada más aquella tarde. Tampoco yo seguí preguntando.

Un poco antes de ponerse el sol lo despedía y aquella noche volví a pensar mucho en él. Lo busqué al día siguiente por la orilla del río, donde tantas otras tardes lo había visto pero no lo hallé. Tampoco lo vi dos días después ni en las tardes que siguieron. Pero yo volví, cada tarde, durante más de un mes y dos y tres. Seguía sin verlo y esto hizo que me pusiera triste. Tanto, que allí, desde donde los contemplé a los dos, la primera vez, me paraba y me pasaba las horas mirando y meditando. Y, una de las cosas que más interés observaba eran las nubes blancas que, una tarde y otra, seguían apareciendo en el cielo. Como si algo en el corazón me dijera que a una de estas nubes blancas, él se había marchado. Quizá pensando que, por ahí podría encontrarla a ella.

## Primer encuentro con el río Darro



Y, como ya te he dicho, Sinombre, voy a empezar contándote las cosas justo en Plaza Nueva. Desde donde la niña me lo ha pedido. Es aquí mismo donde



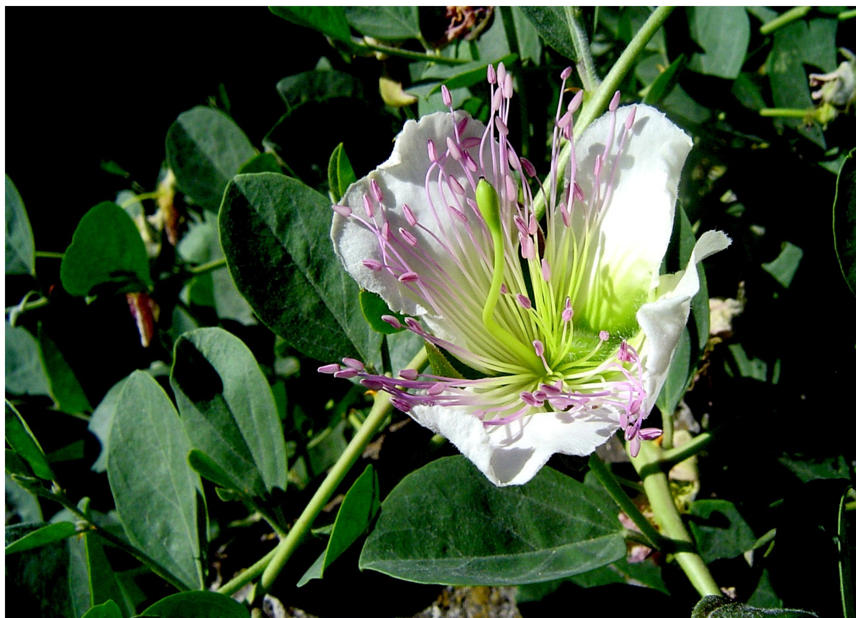
el río Darro entrega sus aguas al túnel de cemento que le sirve para atravesar la ciudad. ¿Sabes dónde me he parado? Frente al río, en la misma boca del túnel y muy cerca de las aguas. Me apoyo justo en el muro que hay en la calle. Un muro viejo, de grandes bloques de piedra y que sirve para no caerse al río, si te asomas. Va desde Plaza Nueva hasta el Paseo de los Tristes y es

bonito aunque a mí no me gusta mucho. Si tú lo vieras seguro que pensarías lo mismo. Pero lo dejamos así.



La mata de alcaparra que cuelga en la pared de la iglesia de Santa Ana





Miro al cielo, por el hueco que el río Darro abre según viene desde las montañas hacia la ciudad, y veo cuatro o cinco nubes blancas. Como en aquella tarde primera de mi encuentro con los dos y como en las tardes que siguieron hasta que dejé de verlo. Las nubes blancas, Sinombre, son muy características en los cielos de Granada. Y sobre todo, en los meses de primavera y luego en verano. Desde aquella experiencia y desde aquellos días de nuestros paseos por las tierras del Cortijo de la Viña, a mí también me dicen mucho estas misteriosas nubes blancas. Sabes, y yo mejor que nadie y también la niña nuestra, que por esos mundos azules, reino de las nubes blancas, tenemos a nuestro amigo el Anciano. También a las muchachas extranjeras que tanto quisimos darle y los sueños más puros de nuestros corazones. Por esto, a partir de esta tarde de verano, voy a estar muy atento a las nubes que, desde este trozo del río Darro, vaya viendo en el cielo.

En esta tarde, primera del mes de julio y en la que doy comienzo al verano por Granada, hace mucho calor. Son las seis y media y, sobre el muro donde me apoyo, ya da la sombra. El edificio de la Real Chancillería, tapa al sol y la sombra cae por el río, en este trozo. Corre también por aquí un poquito de viento y, asomado al cauce, me animo un poco más. ¿Sabes por qué? Aunque no lleva mucha agua el río sí que baja por él un buen chorrillo. Clara, en apariencia pero me temo que está muy contaminada. Sin embargo, mirando a este chorrillo de agua y oyendo el rumor que la corriente desgrana al entrar al túnel, me animo un poco. Porque, de alguna manera, pienso en ti, en la Princesa, en el joven de la túnica blanca y en la niña nuestra. Hoy tengo

mi alma más llena de ausencias que nunca. Pero, en estos momentos, el agua, la hierba fresca en la orilla de la corriente, algo me anima. Son elementos que me hablan de ti y todos los que ahora ya no están pero sin permanecen vivos en mi corazón.

¿Que si es bonito esto, donde ahora mismo estoy? A mí no me gusta nada. Pero ya te he dicho que me conformo. Porque, como tantas otras veces, sigo sin tener conmigo nada de aquello que tanto he amado y amo. ¿Sabes? De la pared de enfrente, la que está justo a la salida de la iglesia de Santa Ana, cuelga una mata de alcaparra. Verde como las ovas y en sus ramas hay muchas flores blancas.

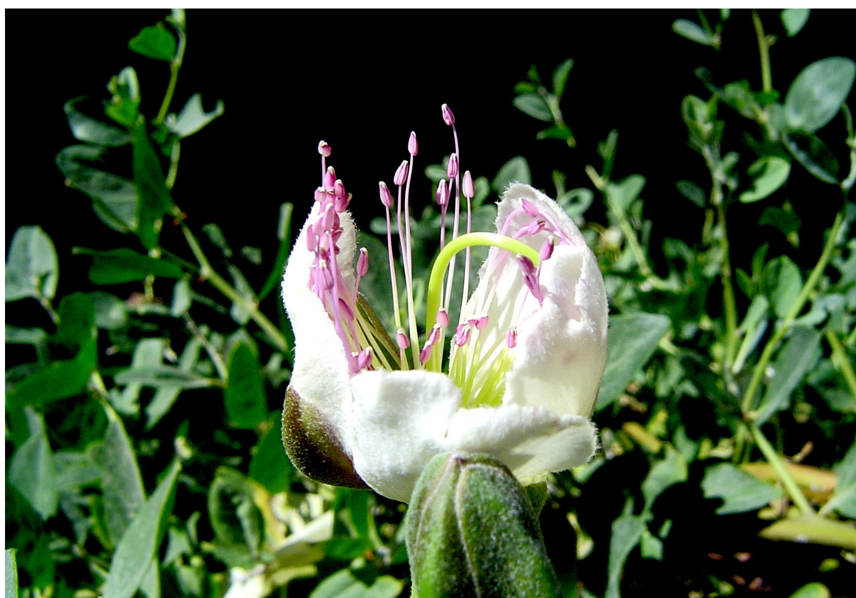
La iglesia de Santa Ana, a estas horas de la tarde, se encuentra abierta. Para los turistas y para el culto. Y, en el rato que llevo aquí, no dejo de ver entrar y salir gente. Y casi todos son turistas. Ya sabes: jóvenes extranjeros, sobre todo muchachas, que llegan miran, van de acá para allá y enseguida salen. ¿Que cuántos se fija en la mata de alcaparra que cuelga en la pared a la entrada de la iglesia? Nadia, absolutamente nadie. Pero sí te digo algo muy curioso que me ocurre.

La alcaparra (*Capparis spinosa*) es un arbusto originario de la región mediterránea. Sus capullos comestibles, las alcaparras, se consumen encurtidas. Las ramas colgantes pueden alcanzar 22 cm o más de longitud, posee hojas gruesas y redondeadas. Las ramas poseen unas afiladas espinas, de hasta 1 cm. Las llamativas flores de color blanco y con largos estambres nacen en las intersecciones de las hojas con el tallo, sostenidas por pedúnculos regulares. De este arbusto se utiliza la raíz, la corteza y los capullos florales. Aunque no es una planta medicinal en sí misma, tiene algunas propiedades terapéuticas.

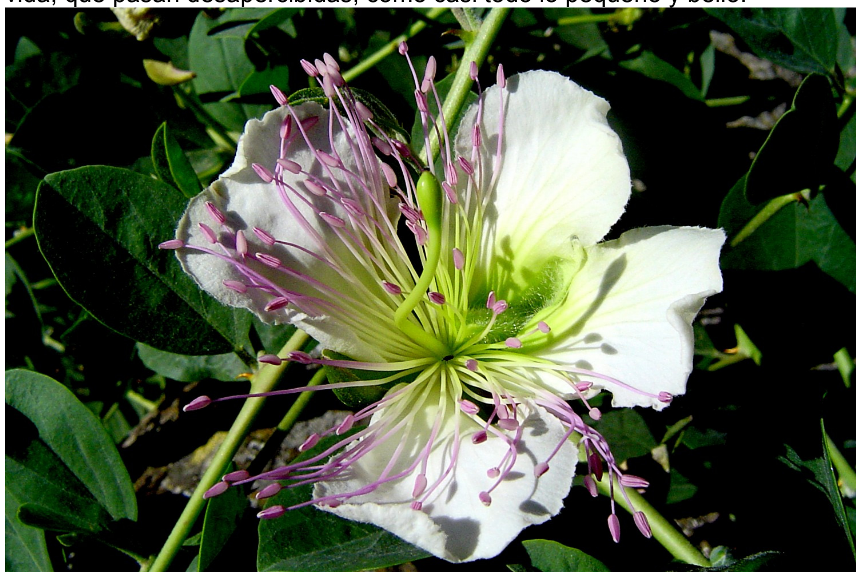
Mientras escribo esto, apoyado en la vieja pared, frente al río y frente a la iglesia, muchas personas se paran y miran. Primero me miran a mí y luego se asoman al río. ¿Buscando qué? Es lo que me pregunto yo. Y descubro que no buscan nada. Solo que, como me ven apoyado aquí y escribiendo, se piensan que por aquí hay algo interesante. Y claro que lo hay y por eso yo lo escribo. Pero ellos, ninguno lo ven. Y hasta puedo adivinar lo que pensarán si les preguntara:

- ¿Qué será lo que escribe este hombre aquí tan fijo mirando al río y metido en sí?

Dudo que sean capaces de adivinar lo que en mi corazón tengo. Como tantas veces nos ha pasado a lo largo del tiempo que fuimos compartiendo las cosas. Siempre, como yo ahora, llevábamos el corazón lleno de bondad y amor para los demás y nunca nadie cogió nada de nosotros. Nadie, excepto la niña nuestra, el Anciano y un poco Lera. ¿La Princesa? Una vez más la recuerdo y echo de menos pero ya está tan lejos…



La verde mata de alcaparra, como una melena, cuelga de la pared y la mece el viento. Muy dulcemente como si jugara con ella, que parece quiere caerse a las aguas del río. Le queda mucho porque la pared es muy alta pero resulta interesante verla y quedarse aquí todo el tiempo que sea necesario. Es, como bien sabemos nosotros, una de las muchas cosas hermosas de la vida, que pasan desapercibidas, como casi todo lo pequeño y bello.



Por debajo de la mata de alcaparra, ya en el lecho del río y por donde van las aguas, ocurre algo que quiero decirte. Hace unas tardes, cuando todavía no había llegado el verano, vine por aquí y me paré. Sobre esta misma pared de piedra, me apoyé. Para descansar un poco y para ir observando el rincón que será protagonista de “El verano en Granada”. ¿Y sabes lo que vi? Sí, desde luego, las aguas del río, el césped de hierba que hay a los lados, el gran saúco que aquí mismo crece, algunas mariposas y varios patos. Pero también vi, entre unos arbustos chicos de sauce, tres o cuatro gatillos. De pocos días porque la madre, ahí mismo, estaba acostada dándole de mamar.

Me gustó verlos y por eso aquí me quedé observándolos durante un buen rato. Se les veían preciosos y gustaban más por los dulces juegos que puaban. Ya sabes tú que los gatos pequeño, lo mismo que los perros, se pasan el día haciendo carantoñas. Jugaban entre ellos mismos y con la madre. También con otro gato grande, blanco y negro, que había cerca. ¿Que si era su padre? Seguro que no porque él quería acercarse a los gatillos chicos y éstos no lo dejaban. Y también querían cazar a las palomas que por aquí se posan a beber del río. No lo lograban como tampoco conseguían cazar a uno de los mirlos que por aquí siempre anda revoloteando. También esta tarde.

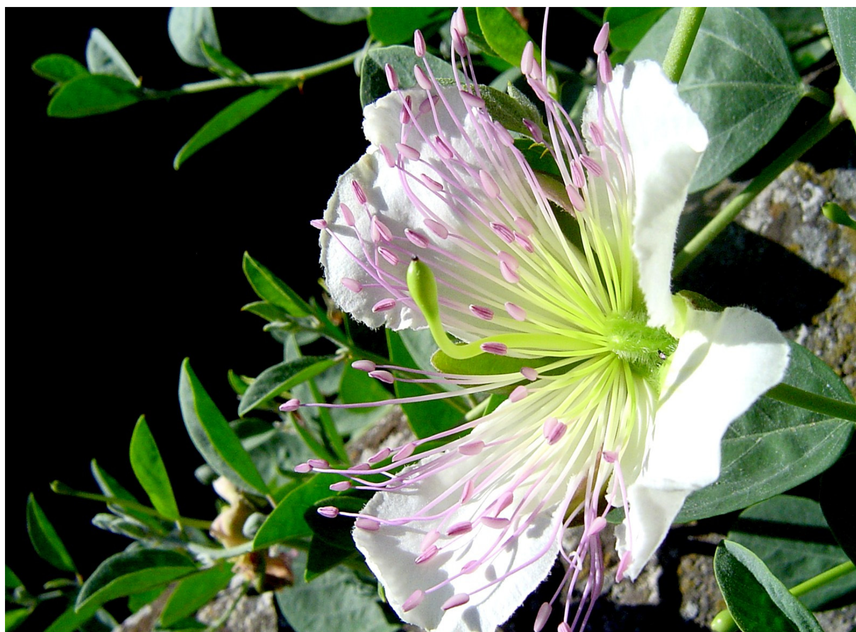


Pero esta primera tarde del mes de julio ya no veo por aquí a estos gatitos. ¿Qué habrá pasado? Seguro que las personas, los que se encargan del mantenimiento de las cosas en la ciudad, se los han llevado. Una peque

aunque sea bueno que se los hayan llevado. El río Darro por aquí, se encuentra repleto de vida, tanto animal como vegetal, que casi nadie ve. Pero los patos y los gatos hacen bien llevárselos a otro sitio. Ya sabes tú: todos los animales deben estar bien cuidados, y en lo posible, libres por los campos. Como has estado tú todo el tiempo que has vivido en el Cortijo de la Viña. Lo mismo que Enebro y Bandolero, el caballo de la Princesa. ¿Que si tengo alguna foto de estos gatitos? Ninguna. Es muy difícil llegar a donde ellos jugaban con su madre.

## Meditando las cosas

Ya han pasado seis días desde la primara tarde en que me acerqué a este río. Seis días, los primero del verano y en los cuales ha hecho mucho calor. Propio de esta estación del año en esta ciudad. ¿Te acuerdas del año pasado y del anterior y del otro? Ya estás muerto y por eso no puedes responderme pero sé que, donde quieras que estés, seguro que en un cielo especial para ti, te acordarás de todos nosotros. Hemos vivido con tanta intensidad y fueron tantos los momentos de alegría, penas y tristezas, que seguro que esto nunca desaparecerá.



¿Y esta tarde también comienzo del verano? Aquí, en el mismo sitio del río Darro, frente a la iglesia de Santa Ana y frente a la corriente de las aguas, escribo esto. Ayer mismo, en esta iglesia, hubo una boda. Como todas las bodas del mundo. Pero me llamó la atención lo que ahora se ha puesto de moda. Al salir los novios de la iglesia, le echan pétalos de rosas de tela y

corazones color plata de plástico. Sí, con unos cartuchos grandes que al abrirlos explotan y esparcen por el aire los pétalos de rosas y los corazones. Hasta aquí todo normal porque las personas deben ser libres para hacer lo que quiera y cómo quiera. Pero lo que ya no me gusta tanto es lo sucias que dejan calles y plaza y la puerta de la iglesia. Porque estos corazones de plata y los pétalos de tela, después de irse los novios y los invitados, por aquí se quedan. Rodando por el suelo o danzando por el aire y nadie los recoge. Por eso esta tarde, Plaza Nueva y todos sus alrededores, las aguas del río y hasta el césped de hierba natural que hay en las orillas, se ven llenos de estos corazones falsos y trozos de tela.



En fin, te he contado esto para desahogarme un poco y no decirte que estoy triste. ¿Por qué estoy triste? Por lo que te lo decía al principio: con la llegada del verano se acaba el curso universitario y los estudiantes se van. ¿Te acuerdas de Guela, Lera y Julia? Con la llegada del verano se fueron y tristes nos quedamos nosotros. La niña, tú, el Anciano, yo… Y este año pasa igual. Ya se marchan los universitarios y el rincón donde a lo largo del año han vivido, se queda solo. Lo mismo que este río, en parte, por donde tenemos tantos sueños. Porque este verano, y van ya cuatro seguidos, algunos de los que se marchan, también lo hacen sin despedirse de nosotros. Dejándonos, como en aquellas ocasiones, tristes. Por eso esta tarde, junto a este especial trozo del río Darro, no es una tarde más de comienzo de verano. Porque ya estás viendo: como si Granada, y más en estos días, fuera toda ausencia. Te cuento la historia que te decía. Para que sirva un poco de ejemplo de lo que por aquí ocurre en estos días y para que también se mantengan las cosas en el recuerdo.

## El solitario del río

Ayer por la tarde, cuando más calor hacía, me lo encontré sentado en el último puente del río. Donde ya la ciudad termina y los fresnos se espesan. Y al verlo ahí, fijo en la claridad de las aguas y solitario, me entraron ganas de acercarme y preguntarle. ¿Que si lo conozco de algo?

No lo conozco de nada. Pero sí es cierto que a lo largo de mucho tiempo, más de un año, lo he visto bastantes veces. Y más aun, en las tardes de sábados y domingos. Caminando siempre en silencio, con un pequeño bolso colgado del hombro, un bolígrafo y un cuaderno. Y su recorrido o paseo, todas las tardes ha sido y es el mismo: la cuesta de los almendros hasta la ancha avenida, la calle de los adoquines, el arco de la muralla vieja, la calle estrecha y larga, la plaza que es casi el centro de la ciudad y el río, donde ayer por la tarde me lo encontré sentado.

Y al verlo, cada tarde, a lo largo de tanto tiempo, siempre tan solo, tan callado, tan metido en sí, recorriendo cada día las mismas calles para venir a este mismo sitio río, me empecé a fijar en él. Su figura y comportamiento me llamaba y me llama mucho la atención. Y por eso empecé a preguntarme:
- ¿Quién será y qué es lo que busca o le pasa?

Porque también, su forma de andar de y mirar, es lo que más llama la atención. Siempre que me lo he encontrado bajando por la cuesta de los almendros, por la avenida y calle estrella, mira con detenimiento a las plantas que por ahí crecen. Algunas veces se para y le hace fotos y luego escribe y después sigue. Se detiene con a los pajarillos callejeros y hace lo mismo. Y, al llegar a la calle estrecha, la más larga y vieja de la ciudad y por eso monumento nacional, mira a las personas. A todos los que le adelantan y lo mismo a los que se cruzan con él. Pero no de cualquier forma sino con un interés muy especial. Me digo:

- Es como si buscara a alguien concreto, como si tuviera hambre de amigos o de compañía. Como si necesitara contar algo que lleva dentro y estuviera buscando a la persona exacta.

Pero cada tarde, lo que más me ha llamado y me llama la atención en él, es su expresión de melancolía y sufrimiento. Como si le preocupara algo muy concreto o le doliera el corazón por alguna desconocida razón. Por eso, cuando ayer por la tarde lo vi sentado en el muro del puente último del río, lo primero que pensé es en acercarme y preguntarle. Y lo hice. Con prudencia y respeto lo saludé y, luego, con tacto, le pregunté:
- No te conozco pero sé que te preocupa algo. ¿Qué es?
Me miró, sin desconfiar y esperó un momento para responder. Me pareció que no se sentía molesto sino todo lo contrario. Pasados unos minutos me dijo:
- Una vez más acabo de pasar por donde han vivido ellas y todo me lo he encontrado solitario. Vacío y mudo como si ahí hoy ya no existiera vida alguna.
- ¿Es que se han marchado?
- Todas, una detrás de otra.
- ¿Y eran amigas tuyas?
- A casi todas las he estado viendo a lo largo de un año entero. Y, aunque con ninguna llegué a tener amistad sincera, solo verlas y saber que estaban ahí, la vida me parecía bella.

Los dos guardamos silencio durante un minuto y de nuevo le volví a preguntar:
- ¿Es que son muy especiales?
- Tres de ellas son de un país muy lejano. Y, al menos para mí y a lo largo de un año, sí que han sido muy especiales.
- ¿Y también se han marchado?
- Todas y sin decirme adiós.
- ¿Qué ha pasado?
- No lo sé y por eso me duele tanto. Cuando ahora paso por ahí, bajo el calor de estos tórridos días de verano, solo mirar para el lugar donde han vivido y saber que ya no están, me entran ganas de morir, de llorar, de gritar y llamarlas, de salir corriendo y buscarlas… Ya no se ven las bicicletas que, en la misma puerta, han estado aparcadas a lo largo de todo el año, tampoco en la puerta se ven los coches aparcados ni entrar ni sale nadie ni se oye hablar ni reír ni cantar… Solo se palpa una gran soledad y un terrible y hondo silencio. Y lo que más duele es saber que se han ido para siempre, muy lejos y para siempre.
Y como no supe qué decirle, susurré:
- Como la vida misma. Todo nace, crece y muere. Los humanos nos pasamos la vida de pérdida en pérdida.

Guardó silencio y yo también. Algo después lo despedí y, desde ese día, yo no he vuelto más por el último puente del río. No sé si es miedo lo que tengo o que me duele lo que a él le duele. Porque es cierto: desde aquella tarde, varias veces más he pasado por donde vivían ellas y todo lo encuentro

tal como él me dijo: vacío, silencioso, cargado de soledad y como llorando no sé que ausencia eterna. Y también para animarme, como le dije a él, me digo que todo es como la vida misma. Que las cosas y las personas siempre nos vamos. Nada ni nadie queda para siempre. Y a veces, a uno le entra ganas de hacer lo que hace él: sentarse en algún lugar del río, meditar las cosas mientras pasa el tiempo y se va la tarde y rezar al cielo. Quizá sea esto lo verdaderamente valioso y eterno.



## La grajilla

Por entre la hierba que, junto a la corriente del río crece, veo un pájaro. Es negro y por eso he creído que puede ser un mirlo. Pero en cuento me he fijado mejor, he descubierto que es una grajilla. Y parece como si no pudiera volar. Porque, hace un momento, lo he visto venir, en un vuelo lento y largo, desde el lado de arriba. Y, al verlo caer sobre la hierba, me ha llamado mucho la atención. Lo miro durante un rato y veo que no se mueve. Parece como si estuviera herido o como si fuera tan joven que aun no supiera volar. ¿Qué le pasará? Me pregunto mientras lo miro.



El calor de la tarde es agobiante. Y, aunque corre un poco de viento, hasta las piedras del muro donde me apoyo, arden. Es el verano de Granada, Sinombre. Tú lo sabes. Y con el verano, también lo sabes tú, los universitarios se marchan. Todos se han ido ya. Y no solo se han ido sino que el otro día, una de las últimas personas que aun quedan por aquí, me decía:
- La resi ahora le parece al Titanic o a un cementerio.
Y es cierto: yo todas las tardes paso por ahí mismo. Y al mirar sí que encuentro que se parece a un cementerio. Las ventanas cerradas, la puerta solitaria, el sol del verano cayendo achicharrante… A mí, la soledad que dejan los universitarios cuando se marchan, me afecta mucho. Sin quererlo, al pasar ahora por la puerta de la resi, me pongo triste. Así somos los humanos.

A las tres muchachas que conocimos el primer año y a las que la niña conoció el año pasado, las recuerdo mucho. Ahora las imagino allá en su

país lejano y alejadas de nosotros para siempre. Por eso este día de verano, me resulta tan apagado, tan vacío en el fondo y tan repleto de ausencia. Y más todavía cada vez que pienso que no volverán nunca más. Lo mismo que tú.

## El saúco de la iglesia de Santa Ana



¿La vegetación en este primer tramo del río Darro? Justo donde la boca el embovedado, solo hay hierba. Un pequeño surco por donde va la corriente del agua y, a los lados, ortigas, mastranzo, berros… Solo hierba muy verde y fresca. Pero como cien metros corriente arriba y en el lado de a iglesia de Santa Ana, crece un espeso arbusto de saúco. Muy verde y ampuloso y con muchos manojos de semillas. Tú sabes que el saúco, en nuestro Cortijo de la Viña junto al río crece abundante, florece en primavera. Por eso éste ya no tiene flores. Solo hojas muy verdes y frescas y los ramos de semillas donde estuvieron las flores.

¿Y sabes por qué? A este arbusto de saúco no le da el sol en casi todo el día. Crece en el mismo cauce, al norte de la pared de la iglesia de Santa Ana y como el edificio es muy alto, por la mañana el arbusto solo tiene sombra. Y al mediodía lo mismo. Pero al caer la tarde, ya el sol sobre Plaza Nueva, sí le da al arbusto. Pero también durante pocas horas. Por eso ha tenido flores hasta hace pocos días y por eso crece tan frondoso. Disfruta, eso sí, de mucha luz, abundante agua clara y fresca, buena tierra y varias horas de sol, al caer las tardes.



¿Que si las personas que pasan por aquí, más de quinientas cada día, se paran a observar este arbusto? Ni siquiera un minuto. Y te lo digo con certeza. Ni siquiera una sola vez, a lo largo de las muchas tardes que por aquí me he quedado, he visto a nadie observando esta planta. ¿Por qué habrían de hacerlo? Los turistas, gran parte de las personas que pasan por aquí, buscan otras cosas. Y los no turistas tampoco muestran ningún interés por nada de lo que hay por esta zona del río Darro.



*Sambucus nigra.* El hombre lleva valiéndose de las propiedades del saúco desde la edad de piedra, y aún hoy es una planta muy frecuente en las proximidades de zonas habitadas. Tanto sus flores como sus frutos son comestibles y medicinales. Los frutos y las flores de saúco son comestibles. Los primeros se pueden preparar en zumos, mermeladas, jaleas, salsas, sopas, etc. Deben de consumirse siempre maduros, pues cuando verdes son tóxicos. También las semillas, aún bien maduras, son indigestas, por lo que conviene no abusar del fruto en crudo. Al cocinarlo se vuelve inocuo.

Solo unos metros más arriba de donde crece el saúco, hay un majuelo, una zarza y una mata de mimbre. Todo casi de igual tamaño que el arbusto del saúco. Aunque el majuelo es algo más pequeño pero también se le ve muy frondoso. Brillan sus hojas y no solo por la salud que tiene sino por el intenso verde y juventud. Le pasa lo mismo que al saúco. Que como crece en buena tierra y casi en la misma corriente del río, tiene todo lo que necesita para vivir con fuerza.

¿Sabes? Por detrás de esta mata de majuelo crece una zarza. Agarrada a la pared de la iglesia y por eso también se ve muy bella. Porque los dos primeros metros de la pared son de bloques de piedras. Calizas o tobáceas y luego, hasta el tejado, es ladrillo visto. Antiguo y algo feo. Pero no así los dos primeros metros que cubre la zarza. También muy verde y sana pero le pasa como al saúco y al majuelo. Que en estos momentos ni tiene flores ni frutos. Recuerdo que estamos en verano, días muy calurosos y los frutos de la zarza y del majuelo son de otoño. ¡El otoño! ¿Te acuerdas? ¡Cuantos recuerdos del año pasado, del otro y del anterior!



Pero desde hace un tiempo a esta parte ¿sabes qué hacen aquí en Granada y en otros sitios? Con una máquina pequeña y un cordón de plástico, cortan la hierba. La que crece a orilla de este río Darro y la que crece en otros sitios. ¿No recuerdas el campus universitario donde tanto tiempo viviste? Sí, el de la Fuente de los Nenúfares y el puntal de los almendros. ¿Y no recuerdas lo que hicieron aquel año de lluvias abundantes y densas nieblas? Cortaron la hierba, a lo largo del invierno y de la primavera, por lo menos tres veces. Este año pasado la han cortado por lo menos cinco veces. ¡De pena! Me pongo malo cada vez que los veo cortándola y más ahora en verano.

Feo como él solo se ve todo el campus, por el puntal de los almendros y por la vieja encina donde tú te refugiabas. ¡Qué bonito estaba aquello aquel año y qué feo ahora! Sin tu presencia, sin la presencia de las amigas que tanto hemos mimado, sin… Pues lo mismo de feo se ha quedado

las orillas del río Darro en estos días de verano. Con la máquina que te decía le han cortado toda la hierba de las orillas y, ahora, qué feo se ve. Aunque huele a hierba seca. ¿Que te diga por qué no me gusta esto?



Torre iglesia de Santa y torre de la Vela en la Alhambra





Tú ya sabes lo que son las glicinias. Las hay en casi todos los cármenes del Albaicín y también en nuestro Cortijo de la Viña. ¿No te acuerdas lo mucho que la niña ha disfrutado siempre con los colores y el perfume de estas flores? Pues en este trozo del río Darro también crecen alunas de estas plantas.

En la misma pared de la iglesia de Santa Ana, a continuación de la zarza, crece una muy hermosa mata de glicinia. No tiene sus ramas agarradas a la pared sino que cuelgan desde un pequeño patio. Justo donde termina la construcción de la iglesia hay un pequeño patio. En él crecen tres cipreses algunas adelfas y las matas de glicinia que te digo. También se ve Colgando pared abajo hacia el río, una gran mata de hiedra y un jazmín. La higuera crece unos metros más arriba pero en la mismo orilla de las aguas. Y, como las ramas de la glicinia se funden con las de la higuera y también con las del segundo saúco en este río, se forma un tupido bosque. Algo hermoso y muy misterioso.

Aunque ya estamos casi al final de julio, la glicinia aun tiene flores. Y su color verde es tan intenso que da gusto mirarla. Toda la vegetación de este río, y es mucha, se muestra verde como la más fresca primavera. Ya sabes: para mí, un gozo hondo pero en cada momento te echo de menos, a la niña y a las amigas. Las cosas parecen otras, con tanta ausencia.



*Motacilla cinerea.* Cría en parejas aisladas, en pequeños ríos de curso rápido con piedras  y junto al agua.



Iglesia de Santa Ana vista justo donde el río Darro se mete bajo Granada

**La lavandera cascadeña**

Debajo de la gran higuera, la que crece junto a las aguas, ya al final de la iglesia, revolotea una lavandera cascadeña. Ave pequeña, de color gris y amarillo y de cola larga. ¿Te acuerdas? En el río de nuestro Cortijo de la Viña también había algunas. Y en el campus universitario donde viviste los primeros tiempos. También en los ríos de la Sierra de Segura y Cazorla. En el río Borosa, las había hace años pero ahora, con tantos turistas por allí, se ven menos.

Sin embargo ésta, la que vive bajo la frondosa higuera del río Darro, no se asusta ni de las personas ni de los coches. Poco a poco se ha ido adaptando y, como aquí tiene agua, hierba, sombra y comida, vive a sus anchas. Lo que ya tantas veces te he dicho: que dode hay agua clara y sombra, siempre la vida abunda.

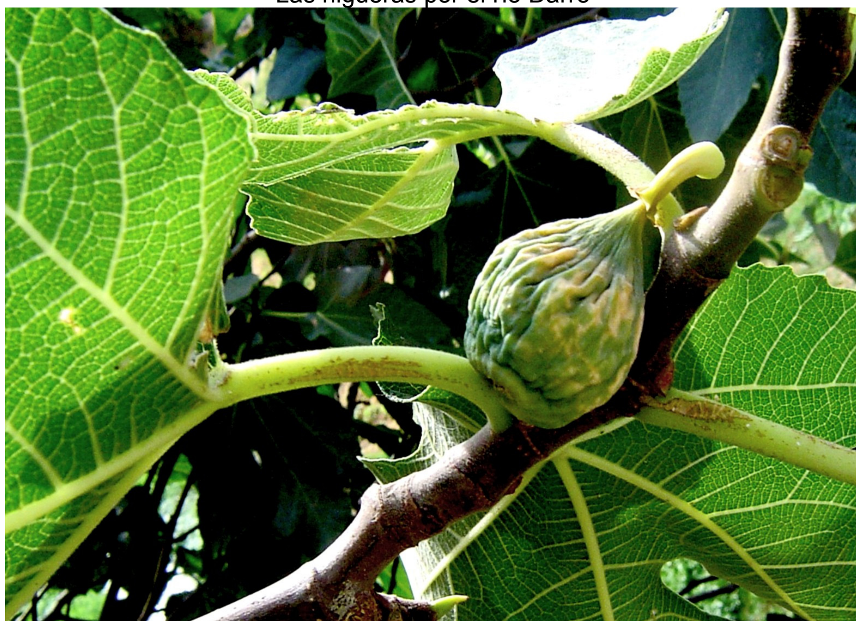
Mientras escribo estas líneas no dejo de mirar a la pequeña ave que te digo. Recorre la rivera del río de un lado a otro de la sombra de la higuera y no para de picotear. Busca alimento por entre la arena, la hierba y las ramas de los arbustos. La miro y escribo y la gente, al pasar, me miran y se asoman al cauce del río. Miran con más interés que yo pero no ven nada. A pesar de que la lavandera sigue ahí: caminando por la arilla, de piedra en piedra y metiéndose en las aguas. Ella por completo ajena a lo que la miramos. Así son las cosas y la vida. ¿Pero sabes? Me gusta esta pequeña escena.

**La higuera**





Las higueras por el río Darro



La higuera, *Ficus carica,* es un árbol de pequeño porte o un arbusto de la familia de las moráceas (Moraceae), una de las numerosísimas especies del género *Ficus*. Originario de Asia sudoccidental, crece ahora espontáneamente en torno al Mediterráneo y en otras regiones del mundo, como al sur de Lima, en la costa central del Perú.





Solo veinte metros más arriba de la higuera de la lavandera, se encuentre el primer puente en este río Darro. Un puente antiguo, de piedra y

con solo un ojo. Daba y da paso desde el Albaicín bajo a la ladera de la Alhambra, por debajo de la Torre de la Vela. Y todavía en estos tiempos sigue en uso este puente. Reconstruido, desde luego, pero aun conserva su aspecto antiguo.

Y entre la higuera del pajarillo y el puente que te digo, la vegetación también se espesa. Una gran zarza por la pared que se prolonga desde la iglesia, hiedra silvestre, un saúco grande y frondoso y otra higuera, ya muy pegado al puente. Y por el lado del paseo, por donde suben y bajan los turistas y los coches, crece un árbol. Creo que es un castaño de india. Igual y de la misma especie que los del bosque de la Alhambra.

¿Sabes? En el mismo momento en que te escribo esto, por el río, entre el puente y la higuera, se oyen los maullidos de un gato. Es de los pequeños que nacieron por aquí al principio del verano. Ya han crecido y, como del cauce del río no pueden salir, carecen de alimentos. Les sobra agua pero les falta comida. ¡Una pena y no por este animal sin o por las personas que aquí los dejan! Te contaré más despacio. Porque ya estás viendo: este rozo y rincón del río Darro tiene para un libro largo, largo, largo.

La higuera que hay antes del primer puente, el que te he dicho hace un momento, no tiene frutos. Bueno, tiene algunos pero no son buenos. Quizá porque está por completo rodeada de zarzas y también porque nadie la cuida. Pero la tierra donde clava sus raíces sí es buena y también es buena el agua de la que se alimenta. Sus hojas, varias de sus ramas, rozan la corriente que bajo ella pasa.



Bajo esta higuera, en frente por completo del árbol grande, es por donde se le oye maullar el gato chico que te digo. Quizá se ha perdido o quizá, como ya es algo mayor, la madre ha dejado de amamantarlo y por eso el hambre se lo come. Miro a la higuera y a la zarza que crece pegado a ella y me vuelvo a decir que es una pena que los gatos no coman moras. Porque la zarza sí que está cargadita de moras negras. Por el suelo ruedan muchas de estas moras. Los pájaros sí que se las comen. Los gorriones, algún petirrubio que este verano vive por aquí, las currucas y otras avecillas. Ellos, estas pequeñas aves, habitantes del río Darro antes de que éste llegue a Granada, sí que tienen abundantes y buenos alimentos.

¿Pero sabes? En este río crecen otras higueras. Más grandes y de mejor calidad que ésta. Ya tengo algunas fotos que luego mostraré para que se vea. Dan buenos higos aunque tampoco los aprovecha nadie. Por eso otra vez me pregunto: ¿Si los gatos comiera higos y moras de las zarzas?

Este año pasado no llovió mucho. Lo sabes porque te lo he dejado escrito en lo que es la segunda parte de este libro: “El invierno en Granada”. Sin embargo, este invierno pasado sí hubo algunas tormentas. No muchas pero especialmente grandes algunas. Y en concreto algunas de estas tormentas dejó mucha agua por las sierras donde nace el río Darro. Tanta agua y en tan poco tiempo que por aquí el río trajo una gran riada. Tampoco fue muy exagerada pero sí lo suficiente como para que hubiera ocurrido una pequeña tragedia. Faltó poco.



Y aun se ven por aquí algunas señales de aquella riada. Junto a este primer puente que te describo de doblaron dos pequeños árboles y todavía están por aquí. Tal como los dejó la fuerza de la corriente. Faltó poco para que el agua los arrancara de raíz y se los llevara río abajo. ¿Que a dónde hubieran ido? Si se hubieran atravesado en la boca del embovedado, a la altura de la iglesia de Santa Ana, seguro que sí habría ocurrido una tragedia. Pero los dos pequeños arbolitos que te digo no se los llevó la corriente aunque sí los dejó por completo doblados y tirados en el suelo. Tal como todavía vía, este verano, se pueden ver por aquí.

Y este verano, tal como ya te dije, por dos veces han limpiado las riveras de este río. Para cortar la hierba, una de las veces y para deshacer los charcos que, para bañarse, algunas personas han hecho por el Paseo de los Tristes. Y una de estas dos veces sí cortaron un árbol que también los dobló el agua a la altura de la iglesia de San Pedro. Ya te contaré de este árbol, mucho más grandes que los dos que te vengo diciendo. Aquel ha tenido menos suerte que estos dos. Porque el primero lo trocearon por completo los que limpiaron las riveras del río pero estos dos pequeños, aun siguen vivos en su mismo sitio.

**Puente de Cabrera**

Este primer puente en el río Darro tiene su nombre propio. Como también lo tienen todos los otros. Lo han escrito en un mosaico de cerámica y se ve nada más terminar de recorrer la pequeña rampa que hay en su trazado. Solo unos veinte metros y al final, subiendo desde el Paseo del Darro, se ve. Se puede casi tocar con la mano. Siguen luego unos escalones y una estrecha calle que lleva a los Baños Árabe.



Es éste uno de los cuatro pequeños puentes medievales y de piedra, en cuesta porque enlazan con la otra orilla a un nivel más alto que el de la Carrera del Darro y que comunica al barrio del  Albaicín Bajo con el barrio de La Churra. ¿Te lo he dicho ya? Por si acaso no, lo pongo ahora aquí: La Carrera del Darro es uno de los paseos más hermosos y apreciados de la ciudad. Hace muchos años contaba con cinco puentes.  Cuatro aun se conservan y uno fue prácticamente demolido en el año 1640, el puente del Cadí. Los nombres de estos puentes son: Cabrera. Espinosa, Chirimías, Aljibillo y el puente del Cadí.

Pues en la pequeña plaza, según se sube desde la Carrera del Darro, a la derecha, hay un bar. Ahora en verano, en estos calurosos y largos días, el bar que te digo pone mesas en la plaza para que se sienten los turistas a tomar algo. Todas las tardes se llena y lo mismo por las noches. En otoño y en invierno, es otra cosa. Aunque ya sabes que a los turistas les gusta la ciudad de Granada en cualquier época del año.



Al fondo de esta pequeña plaza, según se llega, hay una casa donde vende artesanía. “El Ojo bizarro”, es el nombre que le han puesto y se puede leer en un cartel que cuelga de la pared. Y a la izquierda de de la pequeña plaza, un rincón estrecho y conito, otra casa toda de ladrillos vistos. ¿Qué es y quién vive en ella? No lo sé pero se ve bien rematad y por eso es hermosa.

Así como también, desde esta pequeña plaza, se ve muy bello el cauce del río, todo el Paseo del Darro y todos los viejos edificios del lado del Albaicín Bajo. Más bonito, el paseo, el barrio y la ladera que sube, se ve desde aquí que desde ningún otro sitio. ¿Y sabes? Mientras miro a estos lugares me intriga una pequeña lagartija que vive en la pared del viejo puente que te digo. Un bichejo más de los muchos que pueblen este trozo del río. Ya te he hablado del algunos: mirlos, lavanderas cascadeñas, gatos, patos, palomas, gorriones, cucurrucas, mariposas…

Y esta lagartija es bonita y vive, como todos los demás individuos, acostumbrada a la presencia humana, a los ruidos de los coches que por aquí no dejan de pasar, a los niños de los turistas que la persiguen y a los calores de los veranos de Granada. Por eso te he dicho tantas veces y lo repito ahora que esta ciudad de Granada, encierra matices únicos que pasan desapercibidos a la mayoría de las personas que la recorremos. Granada en verano, si se busca con interés y paciencia, regala muchas sensaciones únicas. Te muestro una foto de la lagartija que dijo.



Flora y fauna por el río Darro









**Puente Espinosa**

Desde el puente de Cabrera al de Espinosa no habrá más de treinta metros. Encajados en el río entre dos paredes, la del Paseo del Darro y la del barrio de las Churras. Y quizá por aquí el río discurre con más estrechura que desde el la iglesia de Santa Ana al puente de Cabrera pero no con menos belleza.

Porque es en este tramo donde crece un precioso y frondoso sargatillo y un saúco y una higuera. El saúco clava sus raíces justo al lado de arriba del puente de Cabrera y la higuera justo al lado de abajo del puente Espinosa. Casi en la misma pared. Un arbusto y otro con la misma frondosidad y fuerza. Por eso



la higuera se alarga desde las aguas del río casi hasta la tercera planta del bloque de pisos. El saúco es algo más pequeño pero también sobresale por encima de las paredes del puente.

¿Y el sargatillo? Crece justo en el centro del tramo entre los dos puentes. Ocupando la margen derecha del río, según corren las aguas y llenando mucho terreno. Tanto y tan especialmente arropando que bajo él es donde viven algunos de los gatos, inquilinos de este tramo del río. Bajo sus ramas se meten para aprovechar la sombra y protegerse del ardiente colar de este verano. También para defenderse, de alguna manera, de la presión de los turistas curiosos y de los niños intrépidos. Así que este sargatillo también es una fuente de vida, frescor y belleza en este río Darro.

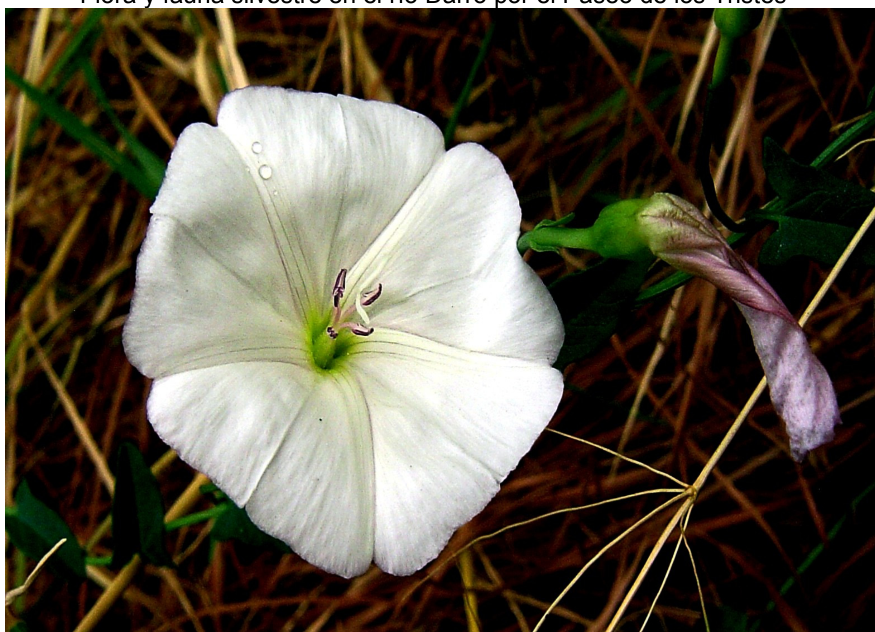


El pequeño chorrillo
de agua clara
que en la tarde serena
llega y pasa,
parece que quisiera
abrir su alma
y contar lo secretos
de las montañas.
Sabe de ti
desde aquella mañana.

El pequeño río
que sin mojar baña
al corazón mismo
de Granada,
parece que recuerda
tu hermosa cara
y tu sonrisa y tus ojos
y también tus lágrimas.
Parece que en la tarde
el Darro canta
tu belleza y ausencia
desde aquella mañana.



Flora y fauna silvestre en el río Darro por el Paseo de los Tristes





**Puente del Cadí**





Y tampoco habrá más cuarenta metros desde el puente Espinosa al que fue puente del Cadí. Lo que fue porque hoy ya está todo en ruinas. Se le conocía como puente de los Tableros o Bab al-Difaf y es del siglo XI. Fue el puente de uso habitual para acceder a la Alhambra durante la dominación árabe. Era bastante estrecho y poseía compuertas para regular el río Darro.



Hoy solo se ve ahí unos restos. Un trozo de pared, en el lado de la umbría de la Alhambra y por detrás, ladera arriba hasta la colina donde se asienta la Alhambra, un espeso bosque. Verde como las ovas y fuerte, aunque estemos en verano. Casi todos los árboles que hay en este bosque son celtis. Un árbol bello, escaso y con buena adaptación a las tierras y calores de estos lugares de Granada.

¿Y entre el puente Espinosa y el que fue del Cadí? Una vieja casa pintada de rosa pero restaurada. Balcones y ventanas de madera y, desde la azotea, cuelga una frondosa mata de hiedra. Tres piso y al llegar a las ramas de los fresnos, se enreda en ellas y sigue bajando. Los fresnos también son tres. Y clavan sus raíces casi en las mismas aguas del río.



Algunas de las plantas junto al cauce del río Darro



**Rosal silvestre**



¿Sabías tú que en este río también crecen rosales silvestres? Pues sí. Justo a unos metros de los tres fresnos, ya casi donde los restos del puente del Cadí, crecen unos rosales silvestres. Claro que en estos momentos no tienen flores. Florecen en primavera pero sus semillas, rojas y brillantes, si se muestran en las ramas de estos rosales. Por entre las semillas del saúco, las ramas de los fresnos y los racimos de moras de las zarzas. Y éstas sí que se ven ya maduras. Las moras son frutos de verano otoño y por eso, según avanza este verano, se van tornando moradas.



Semillas del rosal silvestre





Majoletas y espigas de hierbas silvestres en el río Darro





En primavera florecen los granados y en verano y otoño maduran







Frutos y flores al final del verano y comienzo del otoño

**La zarzamora**





Las flores y frutos de la zarza en el río Darro en verano









**Los gatos del río Darro por el Paseo de los Tristes**



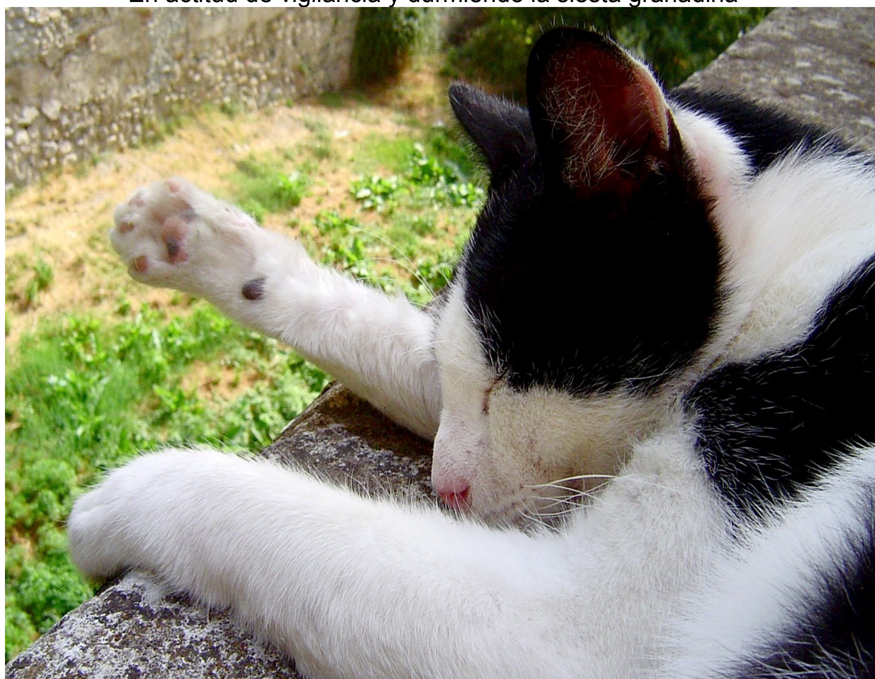


La madre amamantando a sus crías





En actitud de vigilancia y durmiendo la siesta granadina





Durmiendo y vigilando sus territorios





Dueños de su mundo





De las ruinas que quedan del que fue puente de Cadí, se han escrito y se escriben muchas cosas. Si se mira en los libros, revistas y periódicos, se

encuentra de todo. Pero lo que yo he visto esta tarde de verano nadie lo ha escrito antes nunca porque tampoco lo han visto. Y no es que sea una gran cosa pero me ha resultado curiosa y por eso te lo cuento. Al llegar frente a estas ruinas, restos del puente Cadi, me he asomado al río y he visto algunos de los gatos. Tres en concreto. Uno blanco y negro y que la madre de algunos gatitos pequeños que también viven en este sitio. Otro color gato montés y otro naranja claro. Este último se ha acercado al de color gato montés y este segundo no le ha gustado. Se mascaba la tensión. Por eso, agazapado y alerta lo ha esperado emitiendo señales de enfado. Pero lo ha esperado y, en un momento concreto, ha dado un salto y ha salido corriendo.

¿Que para dónde ha huido? Para donde yo ni lo esperaba. Porque ha huido para el lado de arriba de las ruinas del puente de Cadí. Y por aquí ha dado un salto, torrentera arriba y saltando tapias en un abrir y cerrar de ojos, se ha perdido entre la espesura del bosque en la umbría de la Alhambra. ¡Sorprendido me he quedado? Pero al mismo tiempo he descubierto lo que no esperaba ni he leído en ningún libro. Que casi todos los gatos que viven en este tramo del río Darro, son dueños también de los jardines y bosques que rodean a la Alhambra. Bajan al río en busca de comida y para beber y dormir la siesta y, en los momentos que a ellos les interesa, se van por los bosques de esta umbría. Así que no están tan encarcelados como a simple vista parece, cuando se les ven como encerrados entre paredes junto a la corriente de las aguas.





## Árboles en el río Darro



¿Sabes? Justo frente a las ruinas del puente Cadí, se encuentra el Bañuelo. ¿Que no sabes lo que es esto? Sí, lo que en otros tiempos fueron los baños públicos del Albaicín Bajo y Alto. Todavía se conservan por aquí y todavía se puede visitar en las horas en que lo abren. Todos los turistas que pasan por este recorrido del río Darro, al menos se paran y observan.

Pues solo unos metros más arriba del Bañuelo, la calle se estrecha, hay una fuente, este verano sin agua, y aquí hay músicos. De vez en cuando que no siempre. Por ejemplo: este verano más de una tarde he visto un pequeño grupo, violín, acordeón, guitarra y pandereta, tocando música de vals. Muy repetitiva pero alegra a los que pasan. Pocos se paran a escucharla unos segundos. Unos y otros, todos venimos a nuestras cosas.

Pero quería decirte que frente a esta pequeña plaza con su fuente sin agua, en el cauce del río crecen espesas zarzas. Con buenos racimos de moras, verdes y ya al final del verano, muy maduras y jugosas. Y justo ahí mismo es donde cortaron un grueso árbol. Un almez. Se dobló con la riada del año pasado y se quedó cruzado en la corriente. Al comienzo del verano lo cortaron y ahí mismo amontonaron los trozos de su tronco y ramas. Como si no sirvieran para nada pero no era así. Porque unas semanas más tarde se llevaron todos estos trozos de troncos y ramas y las amontonaron cerca de la iglesia de San Pedro.



Restos de árboles en el río Darro





La madera del árbol cortado en el río Darro










Algunos de los árboles centenarios por el Tajo de San Pedro



Solo unos metros más arriba de la pequeña plaza de la fuente sin agua, el río traza una curva. Justo donde han cortado el árbol que te decía. El cauce se adentra hacia la umbría de la Alhambra como si pretendiera comerse parte de esta ladera. Y se la ha comido a su manera. Justo frente a la iglesia de San Pedro, se ve la herida en la umbría.

Hace muchos años, tantos que ya nadie vive de aquellos tiempos, hubo otra gran riada. Tan grande fue que las aguas se llevaron por delante no un árbol sino parte de la ladera norte de la Alhambra. Media montaña se vino abajo y, desde entonces, aquí se muestra el hondo tajo. De arena, piedras rodadas y tierra roja, semejante a la famosa colina.

¿Que si hubo muertos y otros desastres? Los hubo. Porque se inundó media ciudad, en la parte del centro, y se hundió un buen trozo de la muralla del Albaicín por la umbría de la Alhambra. También se llevó por delante casi todo el puente de Cadí. Y, desde aquellos tiempos, a esta herida en la montaña, se le conoce con el nombre de “Tajo de San Pedro”. Los turistas pasan, miran sin prestar mucha atención, hacen fotos se marchan. Lo mismo que con otras cosas de los muchos rincones de Granada. ¿Hacen bien? Puede que sí y puede que no. Porque desde luego, para muchas personas montones de cosas por este tramo del río segundo de Granada, son por completo desconocidas. Pero yo te las cuento.





El Famoso Tajo de San Pedro en la umbría de la Alhambra

La base del Tajo de San Pedro se encuentra justo donde el río traza la amplia curva. A la derecha, según se sube, queda el tajo. Junto al río y también a la derecha un viejo puente que seguro fue acueducto. Tiene aspecto de eso. ¿Que a dónde llevaba el agua este acueducto? No lo sé pero por aquí aun se conservan los restos de aquellas obras. Y a la izquierda, también según se sube, se alza la iglesia de San Pedro. Clava sus cimientos

justo en las arenas del río.



Torre de la iglesia de San Pedro

¿Y sabes qué? Ahora que ya voy terminando este tramo del río y también el verano, quiero decirte algo. Tanto en la iglesia de San Pedro como en la de Santa Ana, se celebran muchas bodas. Por las tardes y casi todos los fines de semana. Y la personas que acuden a estas bodas, al salir los novios del templo, los reciben con toda clase de júbilos. Y en estos tiempos se ha puesto de moda echar a los novios papelillos de colores. Y por supuesto que luego todos se marchan y nadie recoge ni un puñado de estos cientos de papelillos de colores. Por eso el viento los arrastra y los trae a las aguas del río. y en esta curva de la iglesia de San Pedro, se encuentra toda sembrada de estos pequeños trozos de papeles de colores. Ya sabes: los humanos somos así. Nos gusta disfrutar y encontrarnos las cosas limpias y ordenadas pero muchas veces no ponemos de nuestra parte ni el más pequeño grano de arena.

Aunque debo decirte también que esta cuerva del río Darro, tiene una belleza especial. A pesar de lo dicho la naturaleza por aquí tiene su vida. con muchos árboles casi centenarios, con césped fresco, florecillas… Ya por aquí no hay gatos. Pero sí palomas y otras avecillas.

Justo cuando terminan los cimientos de la iglesia de San Pedro empieza los de la Casa de las Chirimías. Edificada entre los s. XVI y XVII junto al río Darro. Su nombre alude al instrumento musical de viento, la chirimía, que se tocaba desde aquí en las fiestas que se organizaban en el Paseo de los Tristes. La historia es muy amplia y rica y está bien recogida en buenos libros. Por eso yo no te cuento más. Pero sí te digo que el tercer puente sobre este río, según se remonta con contra de la corriente, tomo el nombre presado de esta casa de las chirimías. Por eso se le conoce con el nombre de Puente de las Chirimías.

Desde la amplia curva del tajo en la ladera hasta el puente que te digo ¿que si hay algo interesante? Lo hay y mucho. A la izquierda, según se sube, queda la casa que te he dicho. Y a la derecha, unas terrazas abandonadas. Terrazas en la misma ladera de la umbría que sube a la Alhambra. En ellas crecen algunos árboles centenarios. Viven aquí desde los tiempos del Hotel Reuma o Carmen del Granadillo. Es este un edificio cerca del cauce del río pero en la umbría, poco antes del tajo ya nombrado. El edificio, en otros tiempos, tenía un buen trozo de tierra que servía de huerto y para jardín.

Pero ahora mismo, con los calores de este verano y el gran abandono que hay por aquí, solo se ven algunas higueras que dan higos negros, mucho pasto, dos palmeras no muy frondosas, escombros y poco más. Una pena como tantas otras cosas que te he comentado y las que me he callado. Pero aun así el rincón tiene su encanto.



Puente de un viejo acueducto en el Tajo de San Pedro






Puente de las Chirimías



El puente de las Chirimías por encima de la iglesia de San Pedro






Casa de las Chirimías y torre de la Vela en la Alhambra



El río Darro por encima del puente de las Chirimias







Puente del Aljibillo, último en el río Darro subiendo

**El último tramo en el Paseo de los Tristes y del verano**

¿Desde el puente de las Chirimías para arriba? Todavía sigue el río y, en un tramo largo y en curva, ofrece muchos matices. El cauce se ensancha mucho y por eso, a lo lados del surco por donde corre el agua, se ve mucha hierba. Principalmente ortigas, juncos, juncia, cañas, malvas, mastranzo… Ya te he dicho que el cauce de este río tiene gran variedad de plantas. Creciendo a su aire excepto cuando siegan la hierba y cortan los árboles.

En esta anchara del río ¿te imaginas si hubiera un paseo bonito y estuviera bien cuidado? Yo sí me lo imagino y por eso te lo digo y lo sueño. Sería algo mágico que daría un valor único a este rincón de Granada. Hasta pienso que este paseo no fuera solo en este último tramo del río sin o desde Plaza Nueva hasta el Puente del Aljibillo. Justo por el borde del la corriente de agua clara que continuamente pasa por aquí. Y también justo por entre la hierba, los árboles, saúcos y zarzas que atrás te he dejado nombradas.

Pero te digo que esta anchura del río, desde el puente de las Chirimías hasta el del Aljibillo, se ven dos gruesos y altos muros. Por el lado de la umbría el muro que sirvió de contención a las tierras del Hotel Reuma. Y por el lado del Paseo de los Tristes el que sujeta lo que ahora se le conoce como la Plaza de los Tristes. Donde se amontonan, después de subir desde Plaza Nueva, casi todos los turistas que visitan Granada. Para beber algo, comer, contemplar la figura de la Alhambra sobre la colina y... ¿Que si es bonita esta plaza? A mí me gustaría que fuera otra cosa pero ¿a los turistas y a otras personas?

Y ya, en cuanto se termina la curva que el río traza entre los dos últimos puentes, también acaba el paseo. El que este verano he trazado por aquí y el que ofrece el río Darro desde Plaza Nueva a Plaza de los Tristes. Y también, al llegar a este punto, se termina el verano. Justo en el paseo que te vengo comentando.

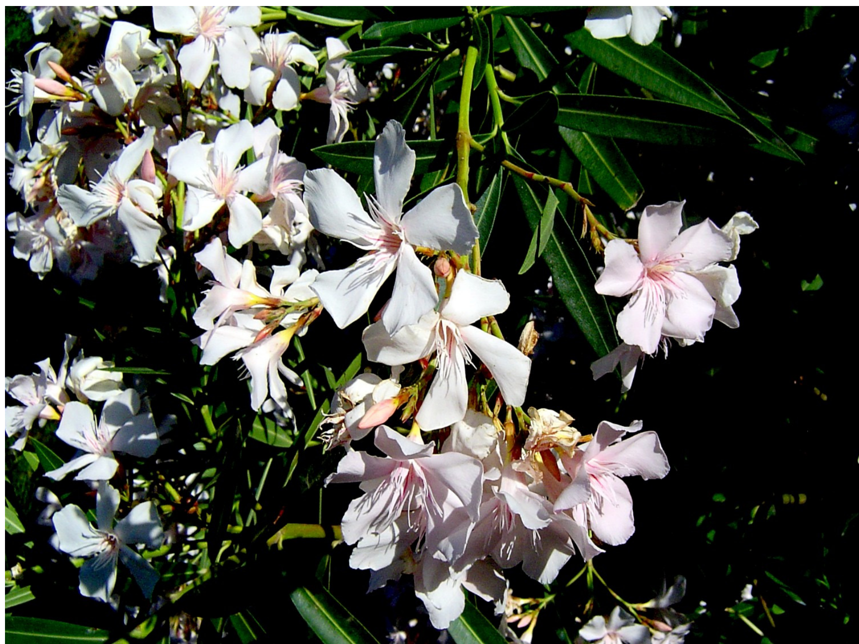
Ya entra el otoño. Cualquier día de estos, finales de septiembre, pueden caer las primeras lluvias. Se mojará el suelo, se irán los gatos que viven en el río, quizá mueran algunos de los pequeños y comenzará a verse por aquí menos turistas. Al llegar el otoño y luego en los meses del invierno son menos los turistas que vienen por aquí.

Así que voy a despedirme. Justo en el puente del Aljibillo, frente a la tarde y al río que acabo de recorrer. Muchas más cosas podría contarte pero quizá en otro momento. Llega el otoño y también Granada entera se viste de otros colores y desprende otros olores. Voy a seguir caminando y recogiendo todo lo que sepa y pueda para contártelo.

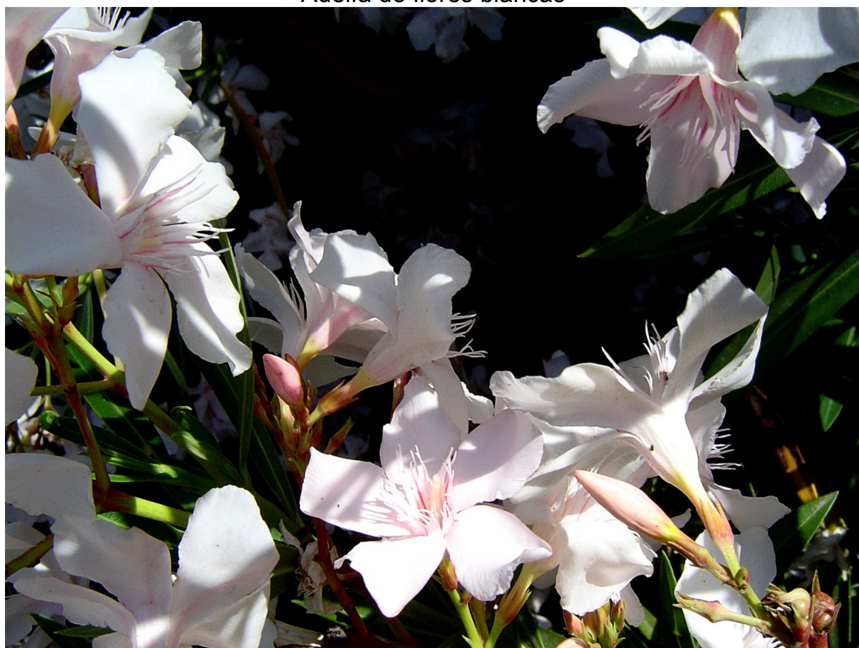
**La adelfa** (*Nerium oleander* L.) también conocida como laurel de flor, rosa laurel, baladre o trinitaria, es la única especie perteneciente al género *Nerium* incluido en la familia (*Apocynaceae*). Planta arbustiva que se puede formar como árbol de porte pequeño, de hojas perennes de un verde intenso, cuyas hojas, flores, tallos, ramas y semillas son venenosas.

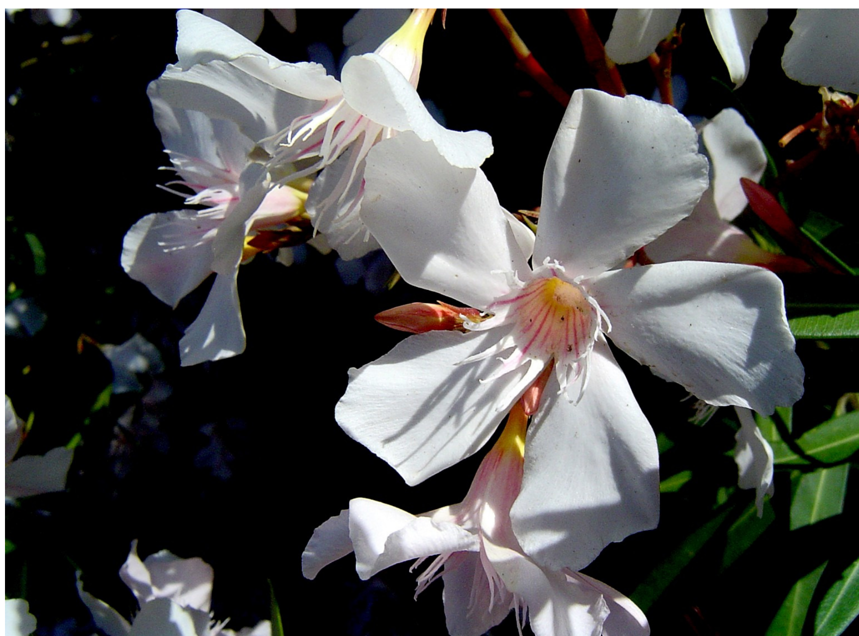






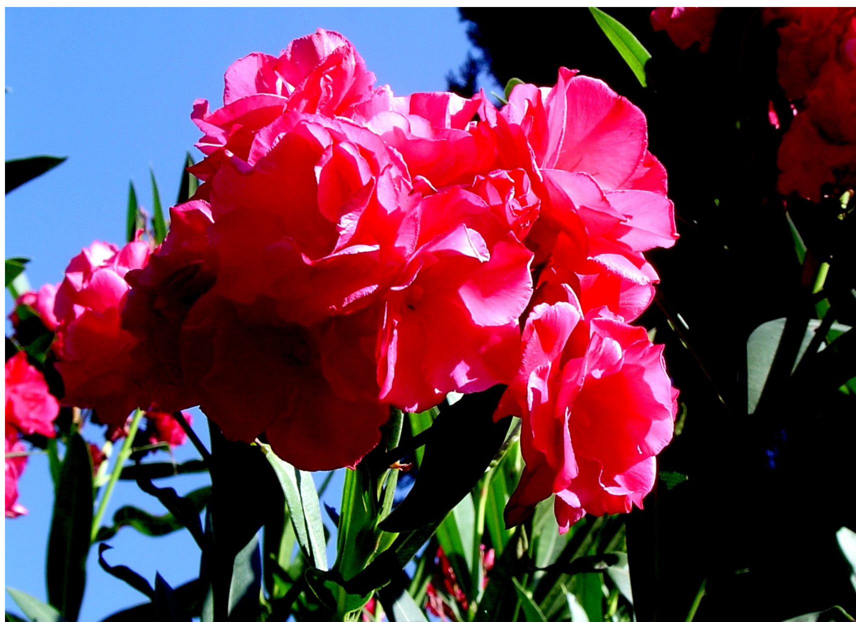
Adelfa de flores blancas











Flores rojas de adelfa



**Flores, frutos y bayas de verano en el río Darro**





























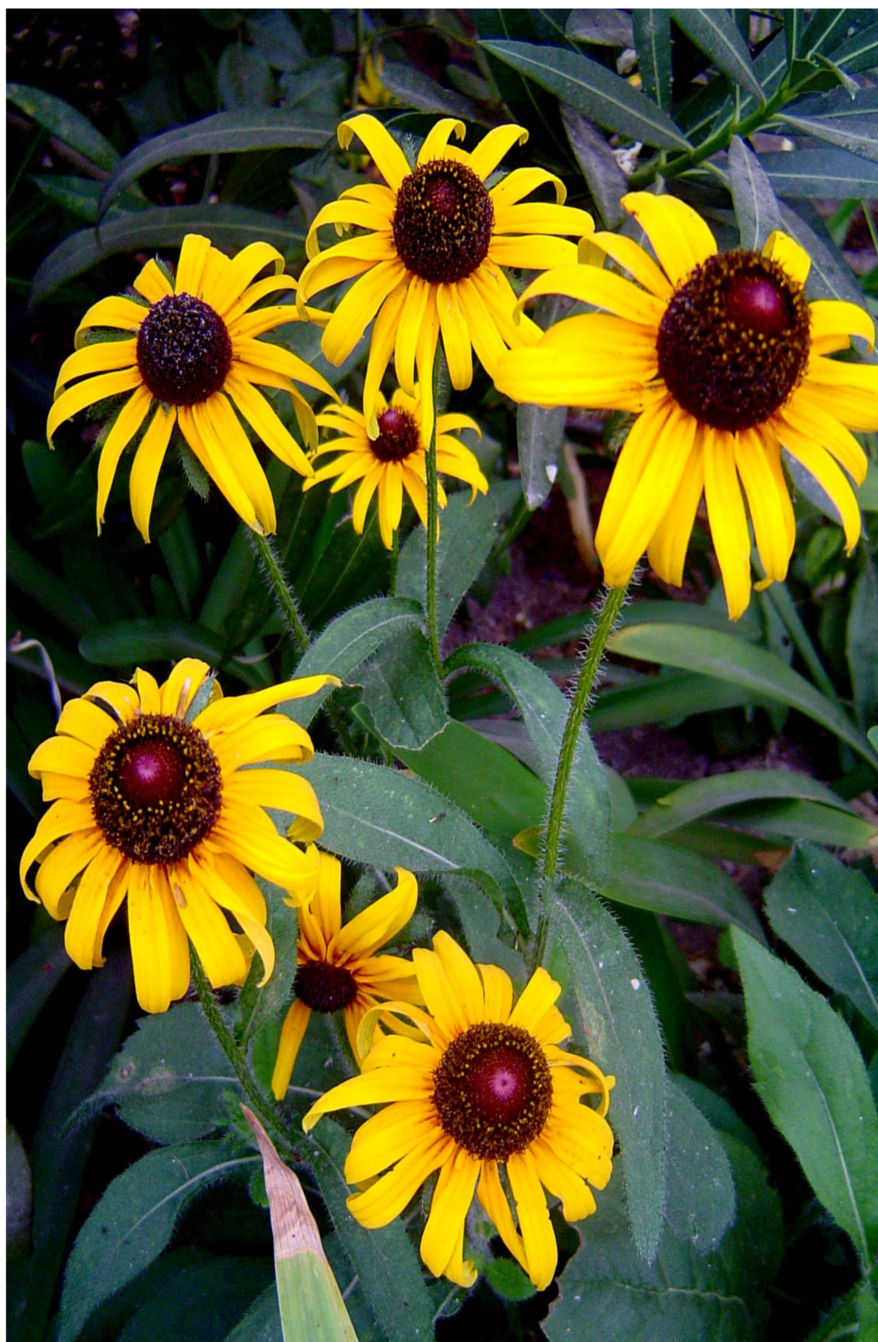




























**Los colores del cielo en el verano de Granada**





Torre de la iglesia de San Pedro y umbría de la Alhambra





Rebaños de nubes blancas en los cielos de Granada en verano





















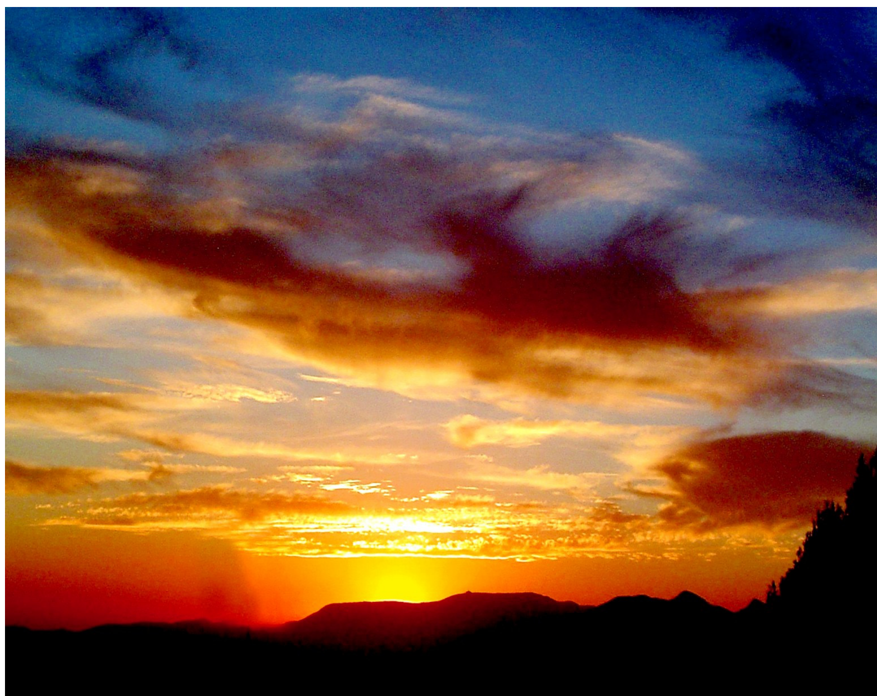



Atardeceres mágicos en los días de verano









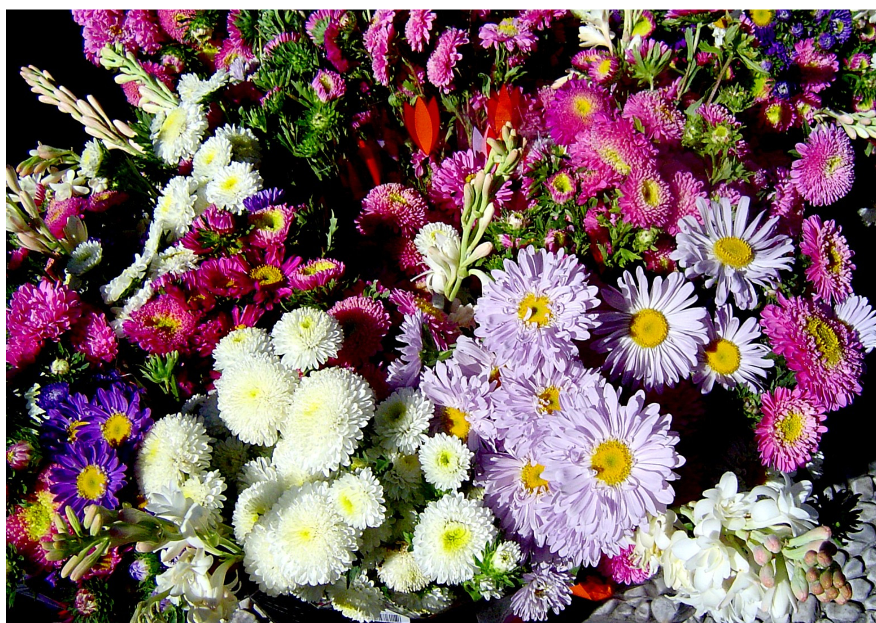




**Ofrenda floral a la Patrona de Granada, fiesta del fin del verano**



Flores por las calles de Granada, preparadas para la ofrenda



Llevando flores a la Virgen el día 15 de setiembre por la tarde





Helicóptero sembrado de flores la iglesia y  calles de Granada





Fachada de la iglesia Virgen de las Angustias, la Patrona de Granada




Septiembre
Ofrenda Floral
Donativo para la Restauración de esta Basílica



Detalles de las flores en la fachada de la iglesia Virgen de las Angustias







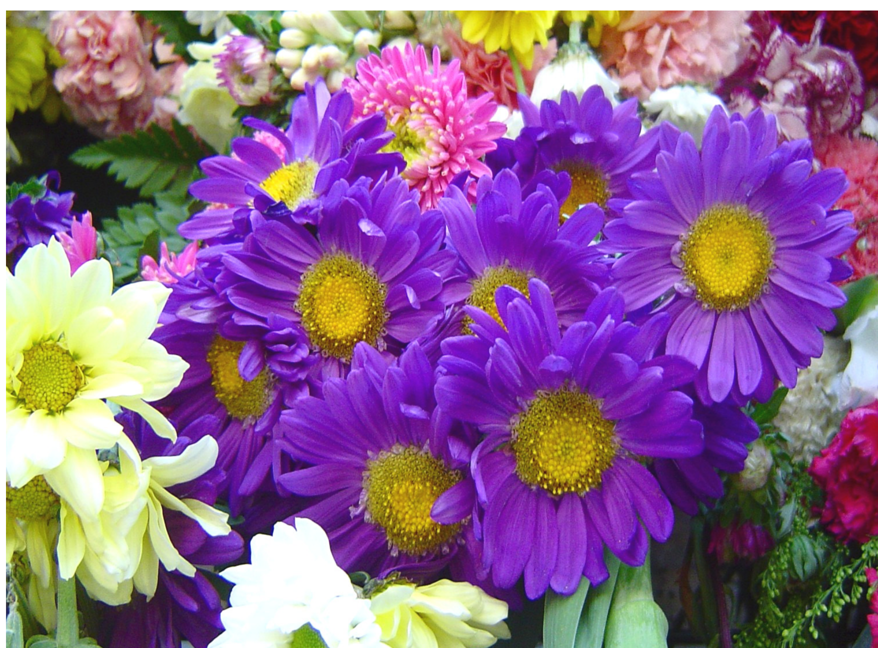
Multitud de flores y colores variados, frescos y brillantes













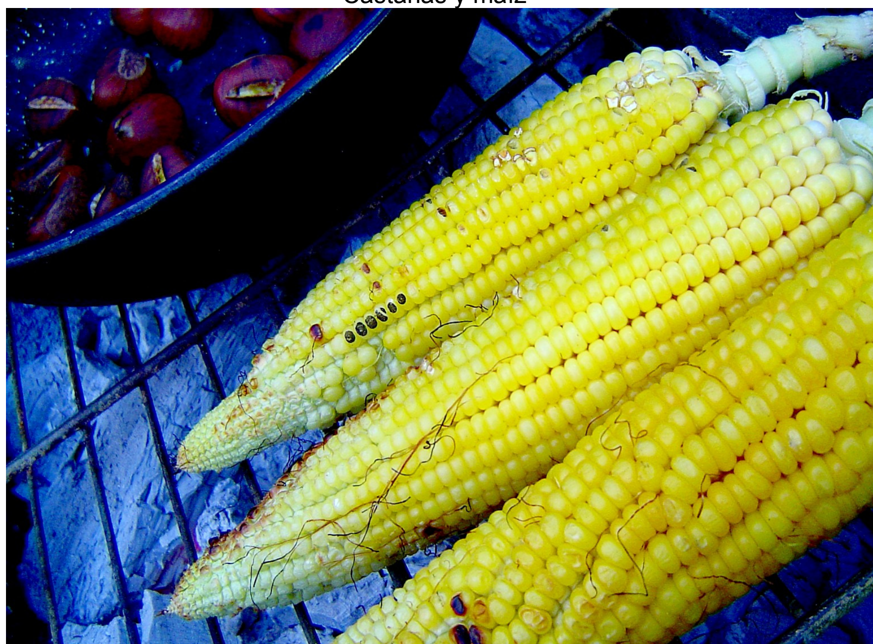


**Los frutos del final del verano y comienzo del otoño por la fiesta de la Virgen de las Angustias**





Castañas y maíz





Granadas, chirimoyas, membrillos, ciruelas, nueces, uvas…




POLIETILEN
BAJA
DENSIDAD


PAN DE HIGO
CON ALMENDRAS
Frutos Secos
FELUZ

**Procesión de la Virgen de las Angustia, fiesta al final del verano en Granada**











Precesión de l Virgen de las Angustias



